

ALEGATO CONTRA PUTIN

La Rusia de Putin

Anna Politkovskaya

Editorial Debate. Arena Abierta.

Título original: *Putin's Russia*

Traducción del inglés: Elvira de Juan

Barcelona, 2005.

306 páginas

LUIS MIGUEL ÚBEDA

Nueva entrega en español vertida del inglés (no existe original ruso) de esta periodista rusa, embarcada en un duelo personal con Vladimir Putin sobre el que hacen recaer los males de la Rusia actual, retratada como el lugar donde tienen acomodo todas las iniquidades imaginables. Después de las 300 páginas de lectura, la idea que subyace a lo largo del libro entre los dicerios a Putin es la arbitrariedad. Todo en Rusia se convierte en un abuso de los ciudadanos, ignorados por la administración, vejados y humillados continuamente y los que en numerosas ocasiones reaccionan con la resignación propia de quien se sabe inerme ante fuerzas dominantes, se llamen administración, ejército, judicatura o mafias.

Anna Politkovskaya es conocida por sus trabajos críticos sobre Chechenia. En español ha publicado tres, de los que solo el primero está publicado originalmente en ruso: *Terror en Chechenia* (Del Bronce, 2003), *Una guerra sucia* (RBA, 2003) y *La deshonra rusa* (RBA, 2004).

Su labor periodística la desarrolla en el quincenal moscovita *Novaya Gazeta*, propiedad de Boris Berezovski, otro enemigo jurado de Putin residente en Londres a resguardo de la justicia rusa que lo reclama. Sus acerbas críticas a la política del Kremlin en Chechenia le han valido notoriedad, el Premio de los Medios de Comunicación de la sección británica de Amnistía Internacional por sus investigaciones sobre los llamados campos de filtración, donde las tropas rusas recluían a chechenos para pedir rescate, pero también el exilio. Desde 2001 vive amenazada fuera de Rusia, aunque regresó cuando fue reclamada por los asaltantes del teatro Dubrovka de Moscú en octubre de 2002 para negociar. Lo que hizo allí queda inédito en este libro. Tan solo una referencia a que las autoridades quisieron procesar a su hijo porque le ayudó en los contactos durante aquel suceso de final tan desdichado. También fue llamada a Beslán en septiembre de 2004, pero de acuerdo con sus propias informaciones, un envenenamiento provocado frustró su viaje.

La Rusia de Putin es un alegato sin concesiones contra el gobierno del presidente, que según la autora habría restaurado una suerte de neosovietismo (“después de Beslán vivimos en la Rusia soviética”, p. 300, en el que el Kremlin

vuelve a ser el poder omnímodo que domina sobre todos los rincones de la vida soviética, perdón, rusa. Aunque hoy ya no exista *el partido*, sí renacen los servicios secretos y de seguridad (de los que procede el mismo Putin y gran parte de su círculo inmediato) para controlarlo todo, con la excepción consentida de las mafias, que tendrían sus propias parcelas de poder. La víctima neta de todo ello, el ciudadano de a pie y, los cómplices de tanta incuria, los Blair, Schroeder, Chirac y sobre todo Berlusconi, que formarían un “coro de apoyos en Occidente” (p. 274), en el que no está Bush, por cierto, los cuales verían a Putin “a través de un cristal de color de rosa” (p. 9).

Por sus páginas pasa la corrupción del ejército, que seguiría practicando abusos sin cuento sobre la tropa y al que la guerra de Chechenia le serviría de pantalla para mantenerse fuera del escrutinio público. La corrupción militar solo es una parte de la corrupción que lo dominaría todo, con especial atención a las mafias que controlan negocios, regiones y partes completas del aparato del Estado incluida la judicatura, en la que perviviría una *institución* típicamente soviética, la *pozvonochnost*, adopción por el juez de un determinado veredicto tras recibir una llamada telefónica, en ruso *zvonok*.

Respecto a la actualidad, están presentes la gestión del secuestro del teatro Dubrovka de Moscú y la toma de la escuela de Beslán en Osetia del Norte recogida en el epílogo, lo cual induce a pensar que el libro estaba prácticamente escrito cuando ocurrieron los trágicos sucesos y hubo que añadirlo de rondón.

UN GRAN REPORTAJE DE DENUNCIA

El libro está planteado como un gran reportaje en el que la autora demuestra una gran habilidad comunicadora y periodística. Pone a hablar a los rusos de carne y hueso, dejando el análisis académico sobre transiciones políticas y problemas de la economía para ámbitos más académicos. Lo fuerte del libro reside en la concatenación de dramas personales, de rusos del común que salen de su anonimato porque Anna Politkovskaya ha escuchado sus historias y las ha reelaborado al servicio de una obra de denuncia. No están los oligarcas, sino los rusos ordinarios, casos muy particulares que ilustran a una escala básica lo que la autora pretende demostrar para toda Rusia.

Es curioso que los personajes de Politkovskaya rara vez denuncian como el origen de sus males a las autoridades o a las mafias. Se limitan a exponer sus tremendos problemas y, por acumulación, acaban cumpliendo el objetivo marcado por la autora.

El altruismo y la empatía implícitos hacia los entrevistados acaban arruinándose con unas hirientes descalificaciones hacia el país y sus gentes precisamente por no actuar como a Politkovskaya le gustaría: “El país que fue ya domesticado con rotundo éxito por las mentiras sobre el teatro Dubrovka no exige una investigación judicial sobre Beslán” (p. 300), para terminar con lo siguiente: “Los dos años que transcurrieron entre la Dubrovka y Beslán, la mayoría de la gente los pasó dormitando en sus casas o saltando en las salas de fiesta, solo saliendo de su letargo en una ocasión: cuando votaron otra vez a Putin” (íd.)

La Rusia de Putin se sigue con amenidad al narrarse con técnicas propias de la ficción, como cuando aparecen las víctimas del Duvrovka con nombre y apellidos añadiendo al sufrimiento de aquel secuestro el desprecio de las instituciones, cuando no la agresión pura y simple en el caso de la rehén chechena. O cuando comenta la *heroica* biografía de Pavel Fedulev, un ratero de los Urales convertido en

los tiempos de Yeltsin --y consagrado en los de Putin—en el principal empresario de Sverdlovsk, sus andanzas, el control que consigue de los principales resortes del poder en aquella provincia, políticos, económicos, policiales y judiciales. O Tania, la joven y exitosa empresaria que ha conseguido montar una cadena de moda en Moscú asumiendo la extorsión de las mafias y contándose a nuestra autora a condición de que no lo publique en Rusia por razones obvias. O Rinat, un oficial de inteligencia veterano de Chechenia al que se expulsa injustamente del Ejército por la ojeriza de un superior. Transformado en un delincuente profesional, pondrá al servicio de las mafias del Cáucaso sus letales conocimientos de soldado de élite.

Gran parte del poder persuasivo de la denuncia está limitada, sin embargo, por el predominio abrumador de los tonos negros y la presencia omnipresente del narrador, que nos pastorea permanentemente sobre la *tesis*. La autora se pregunta por qué se ha obsesionado tanto con Putin para responderse a continuación: “Soy una moscovita de 45 años que fue testigo de la época más vergonzosa de la Unión Soviética en las décadas de 1970 y 1980. Y lo que no quiero es verme otra vez devuelta a aquellos tiempos” (p. 271). No hay otra línea argumental que el abuso continuo del ciudadano ruso que, al final, por saturación, acabará produciendo el hastío, el “no será para tanto” o el “habrá algunas cosas positivas”.

Ese doble nivel entre verdades generales (mafia, abusos, negligencias) y realidades particulares acaba limitando también la eficacia del alegato. De los casos particulares podemos admitir un estado general de arbitrariedad, pero ¿por qué ese método de trabajo nos hace dudar como lectores? Falta seguramente un plano intermedio entre la verdad genérica y el caso particular. Quizá el de la encuesta, que lo haría más contundente.

Esos dos planos, el del poder y la calle, trabajan contra otra de las ideas del libro, la de que Putin es personalmente responsable de cuantos abusos quedan documentados en el libro, salvo que admitamos con la autora que lo de Putin viene a ser, “obviamente”, como dice en la página 274, un soviétismo redivivo, en el que el *secretario general* regresa convertido de nuevo en dueño de vidas y haciendas con los ojos del *Gran Hermano*.

No ayuda tampoco a los fines evidentes del libro el tono personalmente hiriente contra Vladimir Putin, la descalificación personal y política basada más en el denuedo que en el argumento. Putin sería “vengativo” (p. 271), un “fisgón del KGB” (p. 272), el “típico *chequista* soviético” (p. 287), un “zar y un Dios” (p. 287). “Su imagen es tan estrecha y provinciana como induce a pensar el rango militar que alcanzó” (p. 271). Además, “tiene la antipática personalidad de un teniente coronel que nunca consiguió ser ascendido a coronel” (p. 271). “Me pregunto si Putin es realmente humano y no una gélida efigie de acero. Si es humano, no lo demuestra” (p. 271).

Politkovskaya, sin embargo, pretende escapar de su responsabilidad como autora cuando, al plantear una obra de denuncia hecha con materiales ciertos, acaba aduciendo que el libro es fruto de sus “reacciones emocionales” y no un “análisis de la política de Putin” (p. 9). El problema es que la *tesis* de lo personal no se compadece con la realidad *objetiva* que expone, un amplio mosaico de la Rusia actual. “Le tengo aversión personal porque no le gusta la gente, porque nos desprecia, nos ve como meros medios para la obtención de los fines que se ha trazado”, resumidos en “aumentar su poder personal y nada más” (p. 286). “Me produce aversión su vulgaridad, que es peor que cualquier crimen (sic), su cinismo, su racismo, sus mentiras, el gas que utilizó en el teatro Dubrovka, las matanzas de

inocentes que se produjeron durante todo su primer período como presidente” (p. 285).

REFERENCIA

Politkovskaya, A. (2005): *La Rusia de Putin (Putin's Russia)*. Editorial Debate, Arena Abierta, Barcelona.